

Padre del humor judío, estos relatos de **Sholem Aleijem** transportan al lector al 'shtetl' más famoso de la literatura

Risa agrídulce en una aldea judía

por **ALBERTO GORDO** Su entierro, que reunió en Nueva York a miles de personas, nos informa de su celebridad en vida: Sholem Aleijem (1859-1916), por muy olvidado que esté hoy fuera del ámbito especializado (y aquí, al menos, lo está, en vista de las escasísimas ediciones de su obra), fue durante sus 30 años de carrera literaria un autor de inmensa popularidad. Hoy muchos lo consideran uno de los escritores más grandes de la literatura yiddish, además de padre fundador del humor judío moderno.

Ternura y humor marcan esta obra de **Erica van Horn** en la que una hija y su madre recrean la vida de esta última

Los pequeños hábitos de una mujer

por **CARMEN DE PASCUAL** ¿Es posible retratar a nuestros padres más allá de aquello que les define radical e inicialmente para nosotros, que son nuestros padres? ¿Y es posible hacerlo mezclando un realismo aplastante –el de la visión del otro como individuo, y como individuo anciano– con la curiosidad, el respeto y el cariño? ¿Y, más aún, puede ese otro ser la madre, una persona-personaje que salta a la literatura con más asiduidad si se trata de resaltar lo patológico y lo escabroso, la incompreensión y el conflicto, y que, por tanto,

«¿Qué puedo hacer, válgame Dios, si la mofa es una especie de enfermedad desde la infancia?», escribió. Y la mofa, la burla, pero también un humor más tierno y compasivo, recorren estos cuentos. En su estimulante prólogo, el traductor Eliahu Toker describe acertadamente la sonrisa que inspira Aleijem como una «sonrisa agrídulce, *chaplinesca*», pues la realidad descrita es más bien miserable. La traducción, por cierto, rebosa naturalidad –el yiddish era una lengua familiar, muy apegada a lo oral, llena de diminutivos y apelativos cariñosos– y permite que, suspendida la incredulidad, el lector se crea inmerso en el legendario Kasrilevke.

Esta aldea imaginaria, fértil espacio literario donde transcurren muchos relatos, fue para Aleijem lo que Yoknapatawpha para Faulkner o Macondo para García Márquez. El *shtetl* más famoso de la literatura yiddish está poblado por personajes entrañables, en efecto *chaplinescos*, cuyos rasgos se repiten: son trabajadores, pero

es relativamente poco común que aparezca en un contexto que se limita a retratar lo pequeño, lo cotidiano, el paso, la propia noción del tiempo? La polifacética Erica Van Horn (Concord, New Hampshire, 1954, aunque residente en Tipperary, Irlanda desde hace décadas) lo consigue con nota alta en su último libro que, como toda su obra –sea en el soporte y la disciplina que sea: como artista gráfica ha hecho colecciones a partir de las etiquetas pegadas a la fruta o de las paradas de autobús del condado donde vive– toma el detalle como material de la vida y de la escritura.

Aunque con un tono totalmente distinto (pero igualmente dotado de humor), puede recordar a la irreverente *Llamadas de mamá* de Carole Fives (Sexto Piso, 2021), por el evidente papel del teléfono, por el impacto de la distancia física entre madre e hija, por lo fragmentario y por cómo la acumulación de estampas sueltas encaja para conformar el retrato individual: la fiereza con que la



SHOLEM ALEIJEM CUENTOS ESCOGIDOS
Trad. de Eliahu Toker. Libros del Zorzal. 224 páginas. 16,90 €



ERICA VAN HORN AÚN NOS QUEDA EL TELÉFONO
Traducción de Ana Flecha. Alpha Decay. 112 páginas. 16,90 €

no les sirve de nada, pobres pero alegres, aplicados, sufridos, sacrificados, piadosos; son los *luftmenshen*, hombres-aire como el pobre Menajem Mendel, un tipo soñador, incapaz de triunfar en ningún negocio, que ha hecho reír a generaciones de judíos orientales.

Los personajes de Aleijem viven en un mundo cerrado, el de su aldea dentro de la zona de exclusión zarista, donde de vez en cuando penetran noticias judías del exterior: del caso Dreyfus al mensaje sionista de Theodor Herzl o al mitológico Rothschild como modelo de éxito no gentil. Estas noticias, que naturalmente llegan tergiversadas, propician hilarantes malentendidos. Hoy que corre de nuevo la sangre en su idealizada Israel (Aleijem fue un convencido sionista, pero su mirada sobre el fenómeno era inequívocamente irónica), cabe por último aludir al mensaje piadoso de este escritor sobresaliente, resumido en un viejo proverbio yiddish: «Matar un pájaro, placer de no judíos». **L**

madre defiende su procedencia de «Otro Lugar», su posición política, su vocación lectora y literaria, pero también las pequeñas y grandes excentricidades sobre las que, en su vejez, aunque también desde siempre, ha construido una vida que le haga sentirse segura, independiente, no tan sola.

Y sin que el formato se parezca, el resultado está también un poco en la línea de los *Me acuerdo* de Pérec o Brainard: al asistir a los ritos de nuestros padres, a la forma en que se relacionan con las cosas, pero también con los recuerdos, y nos los presentan, a «la reutilización y la lógica» –algo que se dice de las palabras en los crucigramas del *New York Times*, pero que resulta de aplicación al funcionamiento interno de cualquier familia– hallamos un mecanismo perfecto para apuntalar la memoria, para acompañar hasta el final, para acortar las distancias, para describir algo a lo que perteneces a tu pesar, y para esa mezcla de pánico y orgullo de acabar siendo como ellos. **L**